

IV.

Orsini y Margarita de Borgoña se ponen de acuerdo.—Audacia de Margarita.—Las tarjetas de Germer Gourbelean.—Felipe el Bello y los hermanos Aunoi.—Juana, acusada de asesinato.—Proyectos de venganza.

Aturdido nada mas con el golpe que le dió Buridan, Orsini volvió en sí muy pronto.

—Curó á sus hombres heridos, hizo echar en el agua el cádaver de Germer Gourbelean, y se apresuró á hacer desaparecer las señales de todas las escenas de desorden y de violencia que habian pasado durante la noche que acababa de concluir.

La fuga de Buridan causaba al astrólogo una viva inquietud.

Temia los reproches de la reina de Navarra, y conocia bien que este acontecimiento, cuyas consecuencias podian ser terribles, disminuiria necesariamente la influencia que hasta entonces habia tenido en el espíritu de aquella muger imperiosa y violenta, cuyo amor y cuyo odio eran igualmente terribles.

Bastante difícil era preveer lo que iba á hacer Buridan; pues no se podia dudar que estaba sediento de venganza, y pronto á recurrir á los medios mas estrechos para asegurar la pérdida de Margarita, que necesariamente debia causar la suya, la de él, de Orsini, que hacia mucho tiempo era el consejero y el cómplice de la reina.

Por un instante pensó en huir; pero su codicia le hizo olvidar sus temores, y acabó por persuadirle que las cosas no se hallaban en un estado tan desesperado como habia creído al principio, y que, gracias á los recursos de su talento y á la audacia de Margarita, era posible volver á conquistar el terreno que se habia perdido.

Resolvió, pues, afrontar la cólera de la reina de Navarra, á quien, ademas, esperaba calmar fácilmente.

En esa situacion de espíritu entró en el aposento de la reina, un poco despues de la salida de Gautthier.

—Aquí estais, pues, consejero maldito!—esclamó Margarita al verle.—Ah! perro condenado, ¿así es como sirves á quien te colma de beneficios?

—Señora, si supieseis todo lo que yo sufro en este momento, seguramente tendriais piedad de un servidor fiel, quien á esta hora estaria muerto, si solo hubiese sido necesario el sacrificio de su vida para que la desgracia de que teneis que lamentaros no hubiera sucedido!

—Pero, astrólogo perverso, ¿no supiste preveer las cosas y prepararte mejor para consumarlas?

—No habia descuidado nada, señora, para asegurar vuestro reposo; pero ese infame Buridan, seguramente tendrá pacto con el diablo, puesto que, solo y sin armas, puso fuera de combate á cinco hombres, de los cuales probablemente mueren dos en este momento. Y ahora, todas las recriminaciones posibles, no remediarán el mal hecho, y en lo que es preciso pensar es, en impedir que se aumente.

—Y para eso, qué pretendes hacer?

—Todavía no sé nada.

—Que la peste ahogue á este demonio!

—No es necesario eso, señora, y la herida que he recibido por serviros, bastará para que muera.

—Y diciendo esto, separó los cabellos que cubrian su frente y enseñó la herida bastante grave que le abrió el escabel de que Buridan se hizo una arma terrible.

En cualquier otro caso eso no hubiera causado una grande impresion en aquella muger, en la que no hablaban mas que los sentidos; pero en aquel momento necesitaba tanta adhesion, que se esforzó en ocultar su cólera para manifestarse mas agradecida.

—Orsini, —le dijo muy calmada en apariencia,—es verdad que el espanto y la inquietud me han hecho injusta; pero la culpa es de la fatalidad, que parece perseguirme. Olvidad lo que solo la cólera me ha hecho decir. Estoy segura que venis á darme un buen consejo; veamos, hablad, no me guardéis rencor, porque soy y quiero ser vuestra amiga.

—Oh, señoral por qué no sois siempre así!

—Nunca en lo de adelante seré de otro modo; pero yo te lo suplico, Orsini, habla, y dame un consejo, porque siento que se me va la cabeza.

—En efecto, la situacion es grave, pero no desesperada.

—Gracias! Ya has dicho una cosa buena.

—Creo tambien, señora,—continuó el astrólogo, animado por su primer éxito,—que lograremos recobrar todas nuestras ventajas.

—Oh! si para eso no se necesita mas que oro!

Orsini pareció que estaba sano de su herida, y en efecto, ya no le dolia tanto; tanto poder tenia sobre él la mágica palabra oro!

—El oro,—dijo echando sobre la preciosa cajita una mirada que se parecía á un relámpago,—el oro, señora, no desgracia nada, y no hay cosa que no pueda mejorar.

Margarita saltó, mas bien que anduvo, hasta la cajita, la abrió con una mano agitada por movimientos convulsivos, y volviéndose al astrólogo, le dijo:

—Toma, toma, toma mas, y sálvame!

Orsini hundió sus dos manos en el cofre. Nunca faltaba á ese hombre la tranquilidad, y estaba pronto á aprovecharse de la ecsaltacion de otro.

Sin embargo, se detuvo, conociendo bien que en ciertos casos era preciso no forzar demasiado los resortes, y continuó con mucha calma:

—No, el oro no desgracia nada, ayuda mucho; pero en la presente situacion, es necesario comenzar usando de otros medios.

—Escucho, Orsini; tengo ansia de oírte.

—Creeis, señora, que Buridan os ama como en otro tiempo, con ese amor que le hacia atreverse á todo, y á afrontarlo todo?

—Orsini, lo que pasó ayer prueba que siempre está pronto á atreverse á todo y á afrontarlo todo; pero en cuanto á su amor, ya no creo en él; honores, una gran fortuna, eso es lo que él quiere.

—Entónces, es vuestro; haréis de él lo que queráis; pero es preciso que no sospeche que os ha aterrorizado.

—Bien, bien, mi sangre se refresca; continúa, salvador mio.

—El medio es muy audaz.

—Tanto mejor; en semejante caso la audacia es la que salva, tú lo sabes tan bien como yo. Veamos, pues, tu proyecto.

—Sabeis que Buridan vive cerca del Louvre?

—Sí, en la hostería del Cisne de Oro, seguramente no lo has olvidado.

—Pues bien! señora, seria necesario que hoy mismo, lo mas pronto posible, fuérais sola á verle á esa hostería.

—Yo! sola!... en una taberna!... Y puedes pensarlo!

—Señora, eso es cruel sin duda; pero no podemos elegir los medios.

—No, es verdad; estamos vencidos por ese demonio; pero que llegue el dia en que le tenga bajo mis piés!....

—Y ese dia está muy próximo.

—Ese dia, amigo, si no eres rey, serás casi igual á los reyes.

Estas palabras no hicieron en Orsini el efecto de la cajita; sabia lo que valen las promesas de los grandes; pero como estaba algo saciado, no por eso dejó de continuar:

—Es preciso, señora, que vayais sola, ocultándoos de todo el mundo, á ver á ese rabioso á su casa.

—Yo!

—Vos, señora.

—La reina de Navarra en una taberna!

—Señora, en todas partes hay dolores y alegrías, y creo que en esto habrá una grande alegría para vos.

—Habla, pues, en nombre de Dios!

—Perdon, señora; es preciso que os calmeis, para que podais comprenderme.

—Pues bien! ya estoy tranquila.

—Acaso no lo suficiente; pero no puedo esigir lo imposible. Continúo. Con este paso probais á Buridan que no le temeis.

—Tal vez.

—A lo ménos, comprenderá que sois superior á él, y estará á la defensiva.

—Pero, y si se defiende bien?

—Señora, un hombre que, atacado por una muger, no hace mas que defenderse, queda siempre vencido. Usad con él de todas vuestras seducciones, prometedle mucho, inmensamente.

—Quieres que le haga poderoso?

—Quiero que tenga la firme esperanza de serlo, lo cual es muy diferente. En primer lugar, es necesario persuadirle de que no os habeis mezclado en nada de lo que ha pasado desde que se levantó; que yo, animado de un zelo escesivo, comprendi mal vuestras órdenes, y que hice todo lo contrario de lo que me mandásteis. Ciertamente esto es muy difícil de creer, pero todo lo que dice la boca de una muger bella á quien se ama... ó que se ha amado, es tan fácil de creer!....

—Y todo lo que me pida.....

—Se lo prometeréis.

—Salvo no darle nada.

—Al contrario, será preciso darle mucho; es fuerza colocarle muy alto, para que la caída sea mortal.

—Pero tú que compones filtros prodigiosos y otra multitud de cosas que tienen la virtud de enviar á las gentes al paraíso ó al infierno, no podrias emplear un medio mas sencillo?

—Señora, no os ha probado que está alerta por esta parte? Que muera de un mal desconocido, y todas las serpientes acusadoras levantarán contra nosotros sus envenenadoras cabezas. Por esta parte, están tomadas las precauciones; pero si por una buena é irrevocable sentencia se le cuelga en la horca de Mont-faucon....

—Oh! y sin embargo, le amo, Orsini, le amo!

—Entónces estamos perdidos.

—Y crees que no haya yo amado á algunos de esos pobres cuyos cadáveres ha recibido el Sena?

—Ah, señora! Ya recobrais vuestra fortaleza.

—Decias que es preciso que vaya yo á casa de Buridan?

—Es mi opinion.

—Y concedérselo todo?

—Todo lo que gustéis, y prometerle mucho mas aún.

—Pero si me detiene, si me violenta

—Es demasiado diestro y ambicioso para eso.

Margarita reflexionó durante algunos instantes.

Su orgullo de reina se resistía al pensamiento de ir à poner sus piés pequeños en contacto con el fangoso piso de una taberna, poblada de bandidos borrachos, rodeados de una atmósfera mefítica; pero al fin, comprendió la ley de la necesidad, y se resignó.

—A lo ménos,—dijo,—espero que esto durará poco.

—El trabajo mas rudo no será para vos, señora,—respondió Orsini,—y no dependerà de mí que eso dure poco. Voy à poner mano à la obra; y bien sabe la reina que nunca son infructuosas mis meditaciones.

—Si, Orsini, lo sé; pero me parece que las nubes se hacen mas negras y mas espesas. Escucha, hay momentos en que tiemblo.

—Vos, señora?

—Yo, Orsini, hay dias en que no me atrevo à acordarme de lo pasado, en que el presente me desgarrá el corazon, en que me espanta el porvenir.

—Y haceis mal en espantaros, señora, miéntras que Orsini está de pié. Pasarán las nubes, y pronto veréis volver el placer y la alegría.

—Anda, pues, Orsini, y que se cumplan tus predicciones.

—Irà la reina à la hostería del Cisne de Oro?

—Inmediatamente.

—Sola, y de modo de no ser conocida?

—Oh! él me conocerá; pero para otros, seré lo que querré. Vete; mañana te espero.

—Orsini se retirò lleno de esperanza y de alegría, y con los bolsillos llenos hasta el extremo de que le harian afrontar la cólera del cielo.

Algunos instantes despues, Margarita de Borgoña se hacia vestir un traje blanco por una de las mugeres en quienes tenia mucha confianza, y luego, con el rostro cubierto con un velo, salió despues de haber tomado todas las precauciones necesarias para no ser reconocida.

Sus piés pequeños hollaron el fango de Paris; le fué preciso algun tiempo para orientarse; porque en aquella época, las grandes señoras no salian mas que en literas cerradas; pero Margarita tenia una voluntad bastante fuerte para que la detuvieran esos miserables obstàculos, y una vez fuera del Louvre, anduvo resueltamente y no tardó en llegar ante la hostería del Cisne de Oro, cuya muestra flotaba orgullosamente en los aires.

Allí la hermosa reina de Navarra duró un instante.

Su altivez se resentía à la idea de penetrar en la sombría taberna que ocupaba el piso bajo.

El olor nauseabundo que echaba ese lugar, sofocaba el corazon.

Le fué preciso pararse.



Una voz que hirió su oído, le volvió de repente sus fuerzas y su resolución.

Esa voz era la de Buridan, quien no teniendo nada de mejor que hacer para ver venir al enemigo, se había instalado en la taberna, donde, con algunos bebedores, hablaba de las noticias del día.

—A fé mia,—decía uno de ellos,—nadie sabe lo que ha de suceder; por ahora nuestro Señor Dios parece haber querido ponerme del lado de los pequeños, lo cual causa gran trabajo á los jueces, porque como el Sena no arrastra mas que cadáveres de nobles, esto obliga á esas gentes que no hacen nada, á muchas investigaciones, escritos de toda clase. Ah! cuán gustosos estarian con no tener que registrar mas que el paso de la vida á la muerte de algunas docenas de bribones, mas bien que el hallazgo de uno de esos hermosos muchachos llenos de seda y de dorados, de los cuales algunos tienen la malicia, tan muertos como están, de no salir de la ciudad sin buscar y encontrar gentes que los saquen del agua para llevarlos al camposanto.

—Amigo, respondió Buridan al que pronunció ese discurso,—si tienes tanta comezon en la lengua, harás mejor en mojarla en vino, que en secarla con palabras necias, y propósito de mal gusto.

—Eh! señor caballero, quereis decirme que he mentado, diciendo cosas que nadie ignora?

—Digo, que los malandrines de tu especie, son unos bribones que merecen la horca, quienes sin vergüenza ninguna ponen docenas y centenas en lugar de unidades, y aumentan así los malos rumores que hacen correr las gentes de cuerda y de saco.

Estas palabras, que Margarita de Borgoña oyó perfectamente, la tranquilizaron y la ayudaron á vencer el disgusto que le inspiraba el lugar en que se hallaba.

Se dijo que, puesto que Buridan procuraba atenuar los crímenes de las gentes á cuyos golpes no habia escapado sino por una especie de milagro, era porque esperaba mas de la conciliacion que de la violencia.

Pasó, pues, el dintel de la puerta cerca de la cual se habia parado casi desfalleciendo, y dominando su emocion con la fuerza de su voluntad, se adelantó hácia la mesa delante de la cual se habia sentado Buridan.

—Señor,—le dijo á media voz, quereis concederme una audiencia?

Buridan saltó de su silla.

A la primera palabra habia reconocido á Margarita, y no queria creer ni á sus ojos, ni á sus oídos.

Cuando volvió un poco de su sorpresa, su primer movimiento fué llevar la mano al puño de su espada, movimiento instintivo, que no lo provocaba la presencia de la muger, sino el sentimiento de los peligros que le recordaba el timbre de aquella voz.

—Por Dios vivol sois vos, Margarita?—preguntó con una voz ahogada, intentando inútilmente disimular la viva emocion que sentía.

—Sí,—respondió muy bajo la cruel sirena,—sí, es Margarita de Borgoña que viene á entregarse á Buridan, á quien ama; quien despues de haberle dado su corazon y su honor, viene á darle su vida.

Por prevenido que estuviese el ex-page contra las seducciones de ese demonio, se sintió vivamente conmovido.

—Ni una palabra, ni un ademan que pueda comprometerme,—dijo levantándose bruscamente.

Y tomándola del brazo la llevó hasta su aposento.

—Y ahora, señora y reina, qué quereis de mí?—la dijo cuando estavieron solos.

—Nada, Buridan; si es verdad que para siempre he perdido tu corazon.

—Oh! señora y reina, hacedme la gracia de que no hablemos de eso... Habéis sido cruel, Margarita. Acaso como valiente, habria debido morir por agradaros; pero habiéndoois agradao tanto vivo, he debido permanecer en este estado.

—No esperes que me defienda, Buridan; si mi presencia aquí no es suficiente para que me absuelvas, no me queda mas que resignarme.

En efecto, eso era abrumador.

Cómo creer que una muger fuese á ponerse de ese modo á discrecion de un hombre á quien ella habia intentado asesinar?

Buridan se conmovió.

Creyó en algo extraordinario, en alguna fatalidad imprevista, y no solo pensó que Margarita iba á justificarse, sino que deseó que su justificacion fuese completa.

—Hablad, Margarita,—la dijo,—y quiera el cielo que vuestras palabras me hagan volveros todo el amor que tengo en el corazon.

—Ah! Buridan! si pudieras creer en el mio!... Sí, te lo confieso; por un instante fué superior mi ambicion á mi amor; la perspectiva del trono de Francia, en que debo sentarme un dia, me deslumbró. Entonces no sospechaba yo todos los pesares que me preparaba, aceptando la mano de un hombre á quien yo no podia amar, puesto que no le habia visto, y á quien su carácter irascible, y su frialdad desesperadora, habian de hacer que pronto le detestara. Orsini me siguió á la corte de Francia; no pude resolverme á alejar de mí á ese hombre que poseia secretos tan terribles. Tres meses despues de mi matrimonio me sentia morir de tedio; lloraba por tí, Buridan! y mas que nunca conocí que nada podia reemplazarte en mi corazon. Mi languidez asustó á Orsini; adivinó fácilmente lo que pasaba en mí; comprendió que, si el mal continuaba, mi fin estaba muy próximo, y esto le espantó tanto mas, cuanto que queria hacer su fortuna. Resolvió, pues, emplear todos los medios posibles para disipar una tristeza que podia serle fatal; pero el desgraciado, queriendo salvarme me perdió! El fué quien inventó, quien preparó esos pasatiempos en la torre de Nesle. Confieso, porque quiero decirtelo todo, confieso que entonces me entregué al placer con una especie de frenesí... Tenia necesidad de aturdimel... Pero lo juro, entonces ignoraba yo cómo ase-

guraba Orsini el secreto de esas noches, durante los cuales, él creía que los sentidos harian que mi corazon callara, y cuando lo supe, ya no era yo dueña de impedirlo, porque desde entonces, Juana y Blanca estaban en el secreto, y por nada del mundo habrian renunciado á esas noches durante las cuales se embriagaban de placer.

Buridan movió la cabeza con la espresion de un hombre que está poco vencido.

—Sí, comprendo,—continuó la reina de Navarra, quien interpretó ese movimiento;—te dices que eso no esplica las escenas de la última noche; crees que yo te tendí el lazo; nada de esto: Orsini sabia ántes que yo que estabas en Paris, supo nuestra entrevista en el Louvre, porque es imposible ocultar algo á ese hombre. Se espantó con los peligros que podian nacer de tu presencia y del fuego de nuestro amor, y se resolvió á sacrificarte á mi seguridad y á la suya. Por él, é ignorándolo yo, fuiste llevado á la torre. Cuando fui á ella, no sabia á quien debía ver allí.

—Muy bien, mi hermosa reina; pero al verme, debísteis adivinar sin trabajo lo que querian hacer de mí, y dejásteis que lo hicieran.

—Oh! no digas eso, amigo mio!... Oye: mi honor y mi vida están á tu disposicion; pues bien, mátame! haz que me cubra de vergüenza; pero, en nombre de Dios, no dudes de mi amor, de este amor que me consume y que es la única causa de lo que ha sucedido. Cuando supe que estabas en esa fatal torre, declaré á Orsini que con su cabeza me respondia de tu vida, y mas tarde, cuando dormias á mi lado, fui á verle y le dije cuanto me habias dicho de la carta que entregaste á Gauthier, á fin de convencerle de que si te hacia violencia nos perdia. Me prometió solemnemente conformarse con mi voluntad; pero segun me lo ha confesado esta mañana, no por eso dejó de insistir en la resolucion de sacrificarte. Hace un instante me dijo que habia hallado un espediente para quitar á Gauthier esa carta misteriosa, y eso lo afirmó en la conviccion de que solo tu muerte podia asegurar nuestro reposo.

—Y vos tambien participábais un poco de esa opinion, hermosa amiga, lo cual me probó vuestro remo furiosamente lanzado.

—Ah! estaba yo loca de espanto!

—Pues bien! quiero creer en todo eso; pero nada de ello me tranquiliza. Quién me dice que ese querido astrólogo no tomará mejor sus medidas otra vez? Ciertamente que no es hombre que se desanima por tan poco.

—Desengáñate, Buridan mio; lo que ahora desea sin esperarlo, es, que te reconcilies sinceramente con él.

—Y aun cuando eso fuera posible, no veo adonde me conduciria eso.

—Adonde quieras ir.

—A todas partes? Es muy léjos.

—Y muy alto, no es verdad?

—Eso era lo que yo queria decir.